

el pie de la colina. Entonces miré á mi padre y vi que su semblante era triste. *Haced mentir al diablo*, gritó él á sus guerreros tirándose de la barba. A estas palabras nuestro ejército cayó sobre el enemigo haciéndole retroceder á lo alto de la montaña; entonces yo grité lleno de alegría: *Ellos huyen, ellos huyen*. Pero mi padre me dijo: *Cállate, ellos no estarán completamente vencidos hasta que caiga el pabellón del rey*. Apenas había acabado de hablar, el pabellón real cayó. Al momento mi padre se apeó, y prosternándose delante de Dios le dió gracias, derramando lágrimas de alegría.»

Raimundo, después de la batalla, se fué á Tripoli, donde poco tiempo después murió de desesperación, acusado por los musulmanes de haber violado los tratados y por los cristianos de haber hecho traición á su religión y á su patria. El hijo del príncipe de Antioquia, Reinaldo de Sidón, el joven conde de Tiberiada, con un corto número de soldados, siguieron á Raimundo de Sidón en su huida y fueron los únicos que escaparon al desastre de esta jornada para el reino de Jerusalén.

Los escritores orientales, al referir la victoria de los turcos, han celebrado el valor y constancia que demostraron en esta jornada los caballeros francos, cubiertos con sus corazas de hierro. Esos esforzados guerreros presentaron al principio una muralla impenetrable á los golpes del enemigo, pero así que cayeron sus caballos, rendidos por la fatiga ó heridos por las lanzas ó saetas enemigas, secumbieron abrumados y vencidos por el peso de sus propias armas. Un autor árabe, compañero y secretario de Saladino que estuvo presente en este terrible combate, describe las colinas y los valles cubiertos de cadáveres. Vió los estandartes de los cristianos hechos trizas, manchas de polvo y sangre, cabezas separadas de sus troncos, brazos, piernas y cadáveres arrojados uno sobre otros como si fuesen piedras. El mismo historiador se complace en explicar la bárbara alegría que presentaba contemplando semejante cuadro y habla de los suaves perfumes que exhalaba el vasto campo de los muertos. Otro autor musulmán que atravesó un año después la campiña de Tiberiada y de Hitin, encontró aún los miserables restos de un ejército vencido que se ofrecía de lejos á la vista del viajero. A cada paso que uno daba se pisaban huesos de soldados cristianos y hasta se encontraban en las vecinas montañas y en los valles á donde habían sido transportados por los torrentes ó por los animales salvajes.

Después de esta horrible carnicería cualquiera hubiera creído que ningún soldado de la cruz había caído vivo en manos del vencedor, pero cuando al final de esta sangrienta jornada se vió la muchedumbre

de prisioneros, cualquiera hubiera creído también que nadie había perecido en la lucha. Las cuerdas de las tiendas de campaña no bastaban para atar á los guerreros escapados de la cuchilla enemiga y condenados á la esclavitud. Veíase hasta cuarenta caballeros atados á una sola cuerda y á doscientos guardados por un solo hombre. En fin, era tan grande la multitud de cautivos, que según refiere un cronista árabe los victoriosos ulemas no encontraban medios de venderlos, llegando al extremo de dar un caballero cristiano por un calzado nuevo.

Saladino hizo levantar una tienda en medio de su campo, en donde recibió á Guido de Lusignan, á los principales jefes de ejército cristiano que la victoria acababa de poner en sus manos. Trató al rey de los francos con bondad haciéndole servir una bebida refrescada con nieve. Como el monarca después de haber bebido diese la copa á Reinaldo de Chatillón que estaba á su lado, le detuvo diciéndole: «Este traidor no debe beber en mi presencia, porque yo no lo perdono.» Dirigiéndose en seguida á Reinaldo le reprendió severamente por haber violado los tratados amenazándole de muerte si no abrazaba la religión del Profeta que había ultrajado. Reinaldo de Chatillón respondió con noble firmeza y despreció las amenazas de Saladino que le hirió con su sable. Los soldados musulmanes á una señal de su jefe, se arrojaron sobre el desarmado prisionero y la cabeza de un mártir de la cruz fué á rodar hasta los pies del rey de Jerusalén.

Al día siguiente hizo conducir el sultán á los caballeros del Temple y de San Juan que estaban prisioneros y dijo cuando les vió pasar: «Yo quiero librar á la tierra de esas dos razas inmundas.» Hizo gracia al gran Maestre del Temple sin duda porque sus imprudentes consejos habían puesto el ejército cristiano en poder de los musulmanes. Un gran número de emires y de doctores de la ley rodeaban el trono de Saladino; el sultán permitió á cada uno de ellos matar á un caballero cristiano. Algunos rehusaron derramar sangre y apartaban la vista de tan odioso espectáculo, pero otros se armaron con la espada y degollaron sin piedad á los caballeros cubiertos de cadenas, mientras que Saladino sentado en su trono aplaudía esta horrible ejecución. Los caballeros recibieron con júbilo la palma del martirio; muchos de los caballeros deseaban la muerte; muchos de ellos aunque no fuese de órdenes militares gritaban con alta voz que eran hospitalarios y templarios y como si temiesen que hubiesen de faltar verdugos se les veía precipitar los unos sobre los otros para caer los primeros bajo la cuchilla de los infieles. Gualtero Vinisaufr refiere que las tres noches que precedieron á la

matanza de los cristianos se vió brillar un milagroso rayo de luz sobre los cuerpos de estos mártires.

Los musulmanes dieron gracias al Profeta sobre el campo de batalla por la victoria que acababa de conceder á su ejército, ocupándose luego Saladino sacar el provecho de ella. Dueño de la ciudadela de Tiberiada, envió la mujer de Raimundo á Trípoli y pronto la ciudad de Tolemaida le vió delante de sus muros. Esta ciudad llena de mercaderes que resistió por espacio de dos años los más formidables ejércitos de Occidente, sólo resistió dos días á Saladino. El terror que precedía á su ejército abrió al victorioso sultán las puertas de Napisa, de Jericó, de Ramla y de un gran número de otras ciudades que estaban casi sin habitantes. Las ciudades de Cesárea, de Arsur, de Joppe y Beirut tuvieron la suerte de Tolemaida y vieron ondear sobre sus murallas los amarillos estandartes de Saladino. En las costas del mar solamente las ciudades de Tiro, de Trípoli y Ascalón estaban en poder de los cristianos.

Saladino atacó sin resultado la ciudad de Tiro y resolvió esperar un momento más favorable para volver á empezar el sitio. Ascalón le presentó una conquista más importante asegurando las comunicaciones con Egipto. Esta ciudad fué sitiada por los musulmanes, pero ella opuso á Saladino una resistencia que no preveía. Cuando estuvo la brecha abierta, el sultán hizo que se les propusiera la paz y los habitantes cuya desesperación exaltaba en valor despidieron á los diputados sin oírles. El rey de Jerusalén á quien Saladino conducía en triunfo inclinó á los defensores de Ascalón á no comprometer la suerte de sus familias y la de los cristianos con una inútil defensa; entonces los principales de entre ellos se presentaron á la tienda del Sultán: «No es por nosotros, dijeron ellos, que venimos á imploraros, sino por nuestras mujeres y nuestros hijos. ¿Qué nos importa una vida perecedera? Nosotros deseamos un bien más sólido y es la muerte el que debe procurárnoslo. Dios solo dueño de los acontecimientos os ha dado la victoria sobre los desgraciados cristianos; pero vos no entraréis en la ciudad si no os apiadéis de nuestras familias y si nos prometéis devolver la libertad al rey de Jerusalén.»

Conmovido Saladino por el heroísmo de los habitantes de Ascalón aceptó las condiciones propuestas. Semejante sacrificio debía merecer el rescate de un príncipe más hábil y más digno del amor á sus vasallos que Guido de Lusignan. Por lo demás Saladino consintió en romper las cadenas del cautivo monarca hasta después de haber transcurrido un año.

Había llegado el momento en que Jerusalén debía caer en poder de

los infieles. Todos los musulmanes imploraban á Mahoma por este último triunfo de las armas de Saladino. Después de haber tomado á Gaza y muchos otros fuertes vecinos, el sultán reunió á su ejército y partió para la Ciudad Santa. Una afligida reina, los hijos de los guerreros muertos en la batalla de Tiberiada, algunos fugitivos soldados y un corto número de peregrinos venidos de Occidente eran los únicos guardianes del Santo Sepulcro. Muchas familias cristianas que habían abandonado las provincias devastadas de la Palestina habitaban en la capital, pero lejos de ser un apoyo sólo servían para aumentar el desorden y la consternación que reinaba en la ciudad.

Así que Saladino estuvo cerca de la ciudad santa hizo comparecer á su presencia los principales de la ciudad y les dijo: «Yo sé lo mismo que vosotros que Jerusalén es la casa de Dios; y no quiero profanarla con la efusión de sangre; abandonad esas murallas y os daré una parte de mis tesoros y tantas tierras como podáis cultivar.» «Nosotros no podemos, le respondieron, cederos la ciudad en que nuestro Dios ha muerto; y mucho menos podemos venderla.» Irritado Saladino con esta respuesta juró sobre el Corán destruir las torres y murallas de Jerusalén y vengar la muerte de los musulmanes degollados por los compañeros y soldados de Godofredo de Bouillón.

En el momento en que hablaba Saladino á los diputados de Jerusalén un eclipse de sol cubrió de repente el cielo de tinieblas pareciendo esta circunstancia un triste presagio para los cristianos. Sin embargo los habitantes reanimados por el clero se preparaban para defender la ciudad habiendo elegido por su jefe á Baleán de Ibelín que había figurado en la batalla de Tiberiada. Este experimentado guerrero cuyas experiencia y virtudes inspiraban respeto y confianza se ocupó en hacer reparar las fortificaciones de la plaza y en disciplinar á los nuevos defensores de Jerusalén. Como había falta de oficiales, creó cincuenta caballeros de los ciudadanos que había en la ciudad; todos los cristianos aptos para combatir tomaron las armas y juraron derramar su sangre en defensa de Jesucristo.

No había dinero con que pagar los gastos de la guerra, pero todos los medios de hacerse con él parecieron legítimos en medio del peligro que amenazaba á la ciudad de Dios. Se despojaron las iglesias, y espantado el pueblo con la aproximación de Saladino, vió sin escándalo convertir en moneda el precioso metal que cubría la capilla del Santo Sepulcro.

Pronto se vieron ondear los estandartes de Saladino sobre las alturas de Emmasís; el ejército musulmán sentó sus reales en el mismo punto

que había ocupado Godofredo y en el que Tancredo y los dos Robertos habían colocado sus tiendas cuando atacaron la santa ciudad. Los sitiados opusieron una viva resistencia... haciendo varias salidas en las cuales veíaseles tener en una mano la lanza y la espada, y en la otra una pala con la que arrojaban el polvo á los musulmanes. Gran número de cristianos recibieron entonces la palma del martirio, y subieron, dicen los historiadores, á la celestial Jerusalén. Muchos musulmanes muertos por la espada cristiana fueron á habitar en las *orillas del río que baña el Paraiso*.

Saladino, después de haber acampado algunos días al occidente de la ciudad, dirigió sus ataques hacia el norte é hizo minar las murallas que se extienden desde la puerta de Josafat hasta la de San Esteban. Los más valientes cristianos salieron de la plaza y se esforzaron en destruir las máquinas de guerra y demás trabajos hechos por los sitiadores, reanimándose los unos á los otros repitiendo estas palabras de la Escritura: *Uno solo de nosotros hará huir á diez infieles y diez harán huir diez mil*. Ellos hicieron prodigios de valor pero no pudieron interrumpir los progresos del sitio. Rechazados por los musulmanes, volvieron á entrar en la ciudad, en donde el aspecto y el terror se apoderó de sus habitantes. Las torres y las murallas estaban dispuestas á desmoronarse á la primera señal de un asalto general. Entonces la desesperación se apoderó de los habitantes, que sólo encontraron para la defensa llanto y dolor. Los soldados acudían á la iglesia en lugar de correr á las armas, y la promesa de cien piezas de oro no pudo retenerles una noche sobre las amenazadas murallas. El clero recorría procesionalmente las calles para invocar la protección del cielo. Los unos se daban golpes al pecho con piedras, los otros se atormentaban el cuerpo con cilicios gritando: *¡Misericordia!* Sólo se oían gemidos en Jerusalén, pero *Nuestro Señor Jesucristo*, dice una antigua crónica, *no quiso escucharles, porque la lujuria y la impiedad que había en la ciudad no dejaban subir las oraciones y plegarias ante Dios*. La desesperación de los habitantes les inspiraba mil proyectos opuestos. Tan pronto tomaban la resolución de salir de la ciudad y de buscar una muerte gloriosa entre las filas de los infieles, como ponía su última esperanza en la clemencia de Saladino.

En medio del trastorno y la general confusión, los cristianos griegos y sirios y los cristianos melchitas obedecían con disgusto á los latinos y les acusaban de los males de la guerra. Descubrióse un complot que habían formado para entregar á Jerusalén á los musulmanes.

Este incidente aumentó la alarma y determinó á los principales de la ciudad á pedir capitulación á Saladino. Acompañados de Baleán de Ibelín vinieron á proponer al sultán rendirle la plaza bajo las mismas condiciones que había impuesto antes del sitio; pero Saladino se acordó que había hecho el juramento de tomar la plaza por asalto y pasar á cuchillo á todos sus habitantes. Despidió á los diputados sin darles esperanza alguna; Baleán de Ibelín fué á encontrar varias veces á Saladino renovando sus súplicas y sus ruegos pero encontró al caudillo musulmán siempre inexorable. Un día que los diputados le rogaban vivamente que aceptasen su capitulación dirigió la vista hacia la ciudad y mostrándoles sus estandartes que ondeaban sobre las murallas de la ciudad, «¿cómo queréis, les dijo, que yo otorgue condiciones por una ciudad que está ya tomada?»

Sin embargo, los musulmanes fueron rechazados. Entonces Baleán, reanimado por la victoria que acababan de obtener los cristianos respondió al sultán: «Ya véis que no faltan defensores en Jerusalén; si no podemos obtener de vos alguna misericordia, tomaremos una resolución terrible y el exceso de nuestra desesperación os llenará de espanto. Esos templos y estos palacios que queréis conquistar serán destruidos hasta los cimientos; todas nuestras riquezas que causan y excitan la ambición y la codicia de los sarracenos serán entregadas á la veracidad de las llamas. Destruiremos la mezquita de Omar; la piedra misteriosa de Jacob, objeto de vuestro culto, será hecha pedazos y convertida en polvo. Jerusalén encierra cinco mil prisioneros musulmanes y todos serán víctimas de la espada cristiana.

Nosotros degollaremos con nuestras propias manos á nuestros hijos y mujeres para ahorrarles la venganza de ser vuestros cautivos. Cuando la santa ciudad ya no será más que un montón de ruinas, un vasto sepulcro, saldremos seguidos de los irritados manes de nuestros amigos y de nuestros deudos llevando en nuestras manos la espada y el fuego. Ninguno de nosotros irá al paraíso sin haber mandado al infierno diez musulmanes. Así obtendremos una muerte gloriosa y moriremos llamando sobre nuestras cabezas la maldición del Dios de Jerusalén.»

De esta confusión, en el mismo año de 1187, formaron parte el saqueo de que fué objeto por parte de una hueste sarracena la importante abadía de San Samuel; el espíritu de la iglesia contigua quiso seguir á sus arrojados custodios, cediendo su recinto á las prácticas de una mezquita.